

NO TE DUERMAS

Stacy Willingham

Traducción: Vanesa Fusco

MÓTUS

PRÓLOGO

HOY ES EL DÍA TRESCIENTOS sesenta y cuatro.

Trescientos sesenta y cuatro días desde la última noche que dormí. Son casi nueve mil horas. Quinientos veinticuatro mil minutos. Treinta y un millones de segundos.

También se puede ver desde el otro punto de vista: cincuenta y dos semanas. Doce meses.

Todo un año sin una sola noche de descanso.

Un año de ir dando tumbos por la vida en un estado de sueño semiconsciente. Un año de abrir los ojos y encontrarme en otra habitación, en otro edificio, sin recuerdo alguno de cómo fui ni de cómo llegué.

Un año de pastillas para dormir, gotas para los ojos y litros de café. De dedos temblorosos y párpados caídos. De entrar en una íntima confianza con la noche.

Todo un año desde que se llevaron a mi Mason y, aun así, no he conseguido acercarme a la verdad.

CAPÍTULO 1

Ahora

—ISABELLE, SALES EN CINCO.

Mis pupilas se clavan en un punto de la alfombra. Un punto sin trascendencia, a decir verdad, salvo por el hecho de que mis ojos parecen estar a gusto con él. Los alrededores se vuelven difusos a medida que el punto, *mi* punto, se vuelve más nítido, más claro. Como si tuviera visión de túnel.

—Isabelle.

Ojalá siempre pudiera tener visión de túnel: la capacidad de concentrarme en una sola cosa que yo elija a la vez. Que lo demás se vuelva interferencia. Ruido blanco.

—Isabelle.

Zas.

Ahora tengo una mano delante de la cara, agitándose. Oigo el chasquido de unos dedos. Me hace pestañear.

—Tierra llamando a Isabelle.

—Perdón —digo agitando la cabeza, como si el movimiento fuera a despejar la niebla al igual que unos limpiaparabrisas apartan la lluvia. Pestañeo varias veces más para intentar encontrar el punto otra vez, pero ya no está. Sé que

zumban en los oídos como una silla eléctrica que cobra vida. Pasamos por otra puerta; el tenue sonido de los aplausos estalla en cuanto esta se abre y entramos. Paso junto al hombre, voy hacia el borde del escenario, y me quedo parada detrás de un telón negro, con el público casi a la vista.

Esta es grande. La más grande que he hecho.

Me miro las manos, en las que antes tenía tarjetas de notas con los temas escritos en lápiz. Unas instrucciones breves, tipo telegrama, para recordar qué decir y qué no, cómo ordenar la historia como si siguiera una receta, con cuidado y meticulosidad, espolvoreando los detalles en la medida justa. Pero ya no las necesito. Ya lo he hecho demasiadas veces.

Además, no queda nada nuevo que decir.

—Y ahora, estamos listos para recibir a la persona que todos han venido a ver.

Observo al hombre hablar en el escenario, a tres metros de distancia, con la voz que retumba en los altavoces. Parece que estuviera en todas partes: delante de mí, detrás. Dentro, en cierto modo. En lo más profundo de mi pecho. Se oye otra vez la ovación del público, y yo me aclaro la garganta, me recuerdo por qué estoy aquí.

—Damas y caballeros de la TrueCrimeCon, es un honor presentarles a nuestra oradora destacada... ¡Isabelle Drake!

Salgo a la luz, caminando con determinación hacia el presentador cuando este me indica que suba al escenario. El público empieza a gritar, algunas personas se ponen de pie, aplauden, apuntándome con los ojitos brillantes de sus iPhones, que me capturan, me miran fijo. Giro hacia la audiencia y contemplo sus siluetas con los ojos entrecerrados. La vista se adapta un poco y saludo con la mano, esbozando una sonrisa débil hasta que me detengo en el centro del escenario.

El presentador me da un micrófono y yo lo tomo, asintiendo con la cabeza.

—Gracias —digo, y la voz suena como un eco—. Gracias

a todos por venir este fin de semana. Cuántos oradores increíbles.

El público vuelve a estallar, y me tomo esos segundos para echar un vistazo a la multitud de caras, como hago siempre. Son mujeres, en su mayoría. Siempre son mujeres. Mujeres mayores en grupos de cinco o diez, disfrutando de esta tradición anual, de la posibilidad de abandonar su vida y sus responsabilidades y sumergirse en un mundo de fantasía. Mujeres jóvenes, veinteañeras, con aire asustadizo y un poco avergonzadas, como si acabaran de descubrirlas viendo pornografía. Pero también hay hombres. Esposos y novios que fueron traídos a la fuerza; de esos con lentes de armazón de metal, barba de tres días y codos protuberantes que sobresalen de los brazos como los nudos de las ramas. Están los que se quedan solos en un rincón, otros que se quedan mirándote lo suficiente para generarte incomodidad, y los policías que controlan los pasillos conteniendo bostezos.

Y entonces advierto la ropa.

Una chica lleva una camiseta estampada con la frase “Vinos seriales y crímenes reales”, con la *r* en forma de pistola; otra luce una camiseta blanca con manchas rojas, que me imagino que simularán sangre. Después veo a una mujer con una camiseta que dice “Bundy. Dahmer. Gacy. Berkowitz”. Recuerdo haber pasado junto a una igual en la tienda de regalos. Estaba sujeta a un maniquí, exhibida como las camisetas costosas de bandas que se venden en los conciertos, recuerdos para aficionados acérrimos.

Tengo la ya conocida sensación de la bilis que me sube por la garganta, tibia y ácida, y me obligo a apartar la mirada.

—Como seguramente saben todos, me llamo Isabelle Drake, y mi hijo, Mason, fue secuestrado hace un año —digo—. Su caso sigue sin resolverse.

Chirrían las sillas; se aclaran las gargantas. Una mujer de aspecto tímido, sentada en la primera fila, niega despacio con

la cabeza, con lágrimas en los ojos. Lo está disfrutando, lo sé. Es como si estuviera viendo su película preferida, comiendo palomitas distraídamente mientras sus labios se mueven levemente, recitando cada palabra. Ya ha escuchado mi discurso; sabe lo que pasó. Lo sabe, pero eso igual no le alcanza. No le alcanza a ninguna de estas personas. Los asesinos de las camisetitas son los villanos; los uniformados del fondo, los héroes. Mason es la víctima... y no sé bien qué vengo a ser yo.

La única sobreviviente, quizás. La que tiene una historia que contar.

CAPÍTULO 2

ME ACOMODO EN MI ASIENTO. Del lado del pasillo. Generalmente, prefiero estar del lado de la ventanilla. Así tengo donde apoyarme y cerrar los ojos; no para dormir, precisamente, sino para dormir. “Microsueño” es el término que usa mi médico. Es algo que todos hemos visto alguna vez, sobre todo en los aviones: el temblor de los párpados, el vaivén de la cabeza, entre dos y veinte segundos de inconsciencia hasta que el cuello vuelve a erguirse de un tirón, con una fuerza asombrosa, como una escopeta montada, lista para el disparo.

Miro el asiento que está a mi derecha: vacío. Espero que quede desocupado. El avión despega dentro de veinte minutos; la puerta de embarque está a punto de cerrar. Y cuando cierre, podré cambiar de asiento. Y podré cerrar los ojos.

Podré intentar, como desde hace un año, descansar al fin un poco.

—Disculpe.

Me sobresalto, y alzo la vista hacia la azafata que tengo enfrente. Está repiqueteando con los dedos contra el respaldo de mi asiento, con una mirada de reprobación.

—Necesitamos que mantenga el respaldo del asiento en posición vertical, por favor.

Bajo la mirada y presiono el botoncito plateado del apoyabrazos; siento que el respaldo empieza a adoptar un ángulo recto y se me contrae el estómago. La azafata comienza a alejarse mientras va cerrando las puertas de los portaequipajes, pero extendiendo el brazo y la detengo.

—¿Podría traerme agua con gas?

—Comenzaremos con el servicio de bebidas en cuanto despeguemos.

—Por favor —agrego, tomándola del brazo con más fuerza al ver que comienza a irse—. Si no es mucha molestia. He estado hablando todo el día.

Me toco la garganta para enfatizar la idea, y ella observa a los demás pasajeros a ambos lados del pasillo, que se retuercen con incomodidad mientras se ajustan los cinturones de seguridad o revuelven las mochilas en busca de auriculares.

—Bueno —dice ella, con los labios apretados—. Un momento, por favor.

Sonrío, asiento con la cabeza, y vuelvo a acomodarme en mi sitio. Echo un vistazo por el avión para ver a los pasajeros con quienes compartiré el aire recirculante durante las cuatro horas de viaje entre Los Ángeles y Atlanta. Es un juego mío, en el que intento imaginar por qué están aquí, qué circunstancias de la vida los trajeron a este momento exacto, con este preciso grupo de desconocidos. Me pregunto qué habrán estado haciendo o qué planearán hacer.

¿Van a algún lado o vuelven a su hogar?

Primero poso la vista en un niño que está sentado solo, con unos auriculares gigantes que le devoran las orejas. Imagino que es el resultado de un divorcio, a quien un fin de semana al mes lo transportan de una punta a la otra del país como si fuera un paquete. Empiezo a imaginar qué aspecto podría haber tenido Mason a esa edad: los ojos verdes podrían haberse vuelto aún más verdes, dos esmeraldas idénticas, destellantes como los ojos de su padre, o quizá la piel suave

de bebé podría haber adoptado mi tonalidad aceitunada, un bronceado natural sin necesidad de haber estado al sol.

Trago saliva con fuerza y me obligo a apartar la mirada, giro hacia la izquierda y observo a los demás.

Hay hombres mayores con *laptops* y mujeres con libros; adolescentes despatarrados en el asiento con un teléfono móvil en la mano y las rodillas desgarradas que se chocan contra el respaldo de enfrente. Algunas de estas personas viajan a una boda o a un funeral; otras emprenden un viaje de negocios o una escapada clandestina pagada con dinero en efectivo. Y varias de estas personas tienen secretos. Todas, en realidad. Pero algunas tienen secretos de verdad, de los complicados. De esos profundos, oscuros y sombríos que acechan debajo de la piel, corren por las venas y se propagan como una enfermedad.

De esos que se dividen, se multiplican y se vuelven a dividir.

Me pregunto quiénes serán: quiénes tendrán esos secretos que tocan todos y cada uno de los órganos y los pudren. Esos secretos que se los comerán vivos por dentro.

Ninguna de estas personas podría llegar a imaginar lo que estuve haciendo yo hoy: relatando el momento más doloroso de mi vida para el disfrute de unos desconocidos. Ahora tengo un discurso. Un discurso que puedo recitar con total imparcialidad, pensado en la medida justa. Con frases que sé que quedarán bien cuando me las saquen de la boca y las impriman en los periódicos, y momentos de silencio incluidos a propósito cuando quiero que se asimile una idea. Con recuerdos cariñosos de Mason para interrumpir una escena de gran tensión cuando siento que se necesita un toque de humor. Justo cuando me adentro en el momento de la desaparición (la ventana abierta que descubrí en su habitación por la que entraba una brisa cálida y húmeda; el móvil diminuto ubicado encima de la cuna, con unos dinosauritos de peluche danzando suavemente con el viento), me detengo,

trago saliva. Después recito la historia de que Mason había empezado a hablar hacía poco, que en lugar de “tiranosaurio” decía “tinosario”, y que cada vez que señalaba a las criaturitas que pendían sobre su cabeza, mi esposo comenzaba a hacer unos ronquidos exagerados, y Mason estallaba en risas hasta quedarse dormido. Entonces el público se anima a sonreír, incluso a reír. Se nota que relajan los hombros; los cuerpos vuelven a acomodarse en los asientos, y un suspiro contenido se suelta de forma colectiva. Pero eso es lo que pasa con el público, lo que aprendí hace mucho tiempo: no quieren incomodarse *demasiado*. En realidad, no quieren revivir lo que yo viví, cada instante horrible. Solo quieren una muestra. Quieren lo suficiente para saciar su curiosidad, pero si se pone demasiado amargo o escabroso o real, cierran la boca con fuerza y se van, insatisfechos.

Y no es eso lo que queremos.

Lo cierto es que a la gente le encanta la violencia... a la distancia, digamos. Quien no esté de acuerdo con eso niega la realidad o está ocultando algo.

—Su agua con gas.

Levanto la vista hacia el brazo extendido de la azafata, quien sostiene un vaso pequeño de un líquido transparente, con unas burbujitas que suben a la superficie y estallan con agradable efervescencia.

—Gracias —le digo, tomando el vaso y apoyándolo en mi regazo.

—Va a tener que dejar la mesita plegada —agrega ella—. Despegaremos pronto.

Sonrío, bebiendo un pequeño trago para indicarle que entiendo. Cuando la azafata se aleja, me inclino y revuelvo en mi bolso hasta que encuentro una botellita metida en el bolsillo lateral. Mientras intento desenroscar la tapa con discreción, siento una presencia a mi lado, cerca.

—Me toca aquí.

Levanto la cabeza con un movimiento brusco, y en parte espero ver una cara conocida. Hay algo familiar en la voz que viene de arriba, algo vago, como si fuera de alguien que conozco, pero cuando veo al hombre que está parado en el pasillo junto a mí, veo a un desconocido con una bolsa de TrueCrimeCon colgada de un brazo, mientras que el otro apunta al asiento de al lado.

El asiento del lado de la ventanilla.

Ve la botellita que tengo en la mano y sonrío.

—No le contaré a nadie.

—Gracias —digo, poniéndome de pie para dejarlo pasar.

Intento no fulminarlo con la mirada ante la idea de viajar a casa junto a un asistente a la convención. La verdad es que es complicado lo que me pasa con los aficionados. Los odio, pero los necesito. Son un mal necesario: sus ojos, sus oídos. La atención que me presta cada uno. Porque mientras que el resto del mundo se olvida, ellos se acuerdan. Siguen leyendo cada artículo, debaten sobre sus teorías en foros de detectives aficionados, como si mi vida no fuera más que un rompecabezas divertido que quieren resolver. Se siguen acurrucando por las noches en el sillón, con una copa de merlot, mientras se pierden en la música monótona y reconfortante de *Dateline*, el programa sobre crímenes reales. Intentan experimentarlo sin experimentarlo de verdad. Y por eso existen eventos como la TrueCrimeCon. Por eso hay gente que gasta cientos de dólares en boletos de avión, habitaciones de hotel y entradas: para tener un lugar seguro en el que pueden disfrutar del calor sangriento de la violencia por unos días, usando de entretenimiento el asesinato de otra persona.

Pero lo que no entienden, lo que de ningún modo pueden entender, es que un día quizá se despierten y encuentren que la violencia ha salido de la pantalla del televisor y se ha aferrado a su casa, a su vida, como un parásito que clava los colmillos. Irá culebreando hasta lo más profundo y se pondrá

cómoda. Irá succionándoles la sangre del cuerpo y lo convertirá en su hogar.

La gente nunca piensa que le va a pasar.

El hombre se desliza junto a mí, pasa a su asiento y empuja la bolsa debajo del asiento de enfrente. Cuando me vuelvo a acomodar, sigo con lo que estaba haciendo: el tenue chasquido de la tapa al romperse, los borbotones del vodka a medida que se vierte en mi bebida. Lo revuelvo con el dedo y bebo un largo trago.

—Vi su presentación.

Puedo sentir la mirada de mi compañero de asiento. Intento ignorarlo; cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el respaldo. Espero que el vodka haga que los párpados se vuelvan pesados y puedan quedarse cerrados al menos un rato.

—Lo siento muchísimo —agrega él.

—Gracias —digo con los ojos aún cerrados. A pesar de no poder dormir, puedo fingir que duermo.

—Pero le sale bien —continúa el hombre. Siento su aliento en mi mejilla, el olor a goma de mascar de menta metida entre las muelas—. Contar la historia, digo.

—No es una historia —lo corrijo—. Es mi vida.

Se queda un rato callado, y pienso que con eso fue suficiente. Por lo general, no intento que la gente se sienta incómoda: trato de ser cortés, interpretar el papel de la madre acongojada. Les estrecho la mano y asiento con la cabeza, con una sonrisa agradecida estampada en la cara que me quito de inmediato como si fuera lápiz labial en cuanto me voy. Pero ahora no estoy en la convención. Se terminó, ya terminé. Me voy a mi casa. No quiero seguir hablando de eso.

Oigo que el altavoz cobra vida encima de nosotros, con un eco chirriante:

—Tripulación de cabina, preparen las puertas para el despegue y *cross-check*.

—Me llamo Waylon —dice el hombre, y puedo sentir

que su brazo se dispara en mi dirección—. Waylon Spencer. Tengo un pódcast...

Abro los ojos y lo miro. Claro. La voz conocida. La camiseta apretada con escote en V y los jeans oscuros ajustados. No tiene el aspecto del típico asistente, con ese pelo brillante afeitado en degradé hasta la nuca. A él no le interesan los asesinatos por diversión; le interesan porque gana dinero con ellos.

No sé qué es peor.

—Waylon —repito. Bajo la vista hacia la mano extendida, la cara expectante. Luego giro la cabeza y vuelvo a cerrar los ojos—. No quiero parecer grosera, Waylon, pero no me interesa.

—Va atrayendo cada vez a más público —dice él, insistente—. Es el quinto pódcast más descargado.

—Felicitaciones.

—Incluso resolvimos un caso que había quedado impune.

No sé si es el movimiento abrupto del avión: una sacudida que me revuelve el estómago, las extremidades que se aprietan contra el asiento a medida que traqueteamos por la pista, la caja de metal gigante en la que estamos todos metidos que avanza cada vez más rápido y hace que se me hinchen los tímpanos, o si son sus palabras lo que me genera una repentina intranquilidad.

Respiro hondo, clavo las uñas en el apoyabrazos.

—¿Los aviones la ponen nerviosa?

—¿Puedes dejar de hablarme? —exclamo, volteando la cabeza bruscamente hacia él. Veo que levanta las cejas, sorprendido por mi súbita falta de amabilidad.

—Perdón —se disculpa, avergonzado—. Es que... pensé que le interesaría. Contar la historia. *Su* historia. En el pódcast.

—Gracias —respondo, intentando suavizar el tono. Ambos nos inclinamos hacia atrás cuando el avión comienza a ascender y el suelo se agita con fuerza bajo nuestros pies—. Pero paso.

—Bueno —dice él; mete una mano en el bolsillo y saca

su portamonedas. Lo observo abrir el cuero gastado, sacar una tarjeta de presentación y apoyarla con cuidado en mi pierna—. Por si cambia de opinión.

Vuelvo a cerrar los ojos sin tocar la tarjeta, que quedó en mi rodilla. Ya estamos en el aire, atravesando las nubes henchidas de agua; algún que otro rayo de sol consigue pasar por la cortina metálica a medio cerrar y me echa una luz brillante en los ojos.

—Pensé que lo hacía por eso —agrega el hombre, con voz tenue. Trato de ignorarlo, pero me gana la curiosidad. No puedo.

—¿Qué cosa?

—Ya sabe, las presentaciones. No será algo fácil, revivirlo una y otra vez. Pero tiene que hacerlo si quiere que el caso continúe vigente. Para que alguna vez se resuelva.

Aprieto los ojos con más fuerza, concentrándome en las venitas que puedo ver en mis párpados, de un rojo intenso.

—Pero en un pódcast, no tendría que hablarles a todas esas personas. No directamente, digamos. Solo tendría que hablar conmigo.

Trago saliva, asiento apenas con la cabeza para indicar que lo estoy oyendo, pero que igual la conversación se acabó.

—En fin, piénselo —agrega él, reclinando el asiento.

Oigo el roce de sus jeans mientras intenta acomodarse, y ya sé que, en cuestión de minutos, podrá hacer con gran facilidad lo que yo no he conseguido hacer desde hace un año. Entreabro un ojo y le echo un vistazo. Se ha puesto unos auriculares inalámbricos en los oídos; alcanzo a oír el golpe rítmico de unos bajos. Entonces observo cómo su cuerpo se transforma como ocurre siempre, predecible y a la vez tan ajeno a mí: la respiración se va volviendo más profunda, más constante. Los dedos empiezan a temblarle en el regazo, la boca le queda abierta como la puerta de un armario, una gota de saliva pende de la comisura del labio. Cinco minutos más

tarde, sale un ronquido tenue de su garganta, y siento una punzada en la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Después cierro los ojos, imaginando, por un momento fugaz, cómo será.